

**Daniela Hernando Minguela**  
**IES Duque de Albuquerque (Cuéllar)**  
**CASTILLA Y LEÓN**



La carrera ha terminado - Los caballos descansan ahora en sus cuádrigas, y los aurigas son aplaudidos por la multitud. Todo el circo máximo está en pie, gritando como si estuvieran poseídos al ganador, el auriga de los rojos. Los responsables de limpiar y poner todo en orden comienzan ahora su trabajo. Ya salen con sus rastrillos a alisar y extender la arena, que ha sido completamente removida por las cuádrigas. No ha habido incidentes, y eso es bueno.

Yo sigo ahora en el paco, observando e imitando a la multitud, que continúa aplaudiendo. El senador que está sentado a mi lado se levanta, y yo hago lo mismo. Pero, para mi sorpresa, no aplaude, sino que se queda inmóvil mirando fijamente a los aurigas. Estos, agotados, están ahora yendo hacia las gradas. Allí están, sus familiares. Me fijo de nuevo en los ojos del senador, que ha cambiado su postura inicial. Está ahora observando a los que allanan la arena. Estos, implicados en su trabajo, no apartan la mirada de la pista ni siquiera para mirar al público. Poco a poco, la multitud va desapareciendo, saliendo lentamente del circo máximo, hasta que solamente los más importantes miembros de la sociedad y los familiares de los aurigas quedan en el lugar.

De repente, un hedor llega a mí, haciéndome toser por el olor a peste. Al igual que ha venido, el mal olor se va, pero sin saber cómo ni por qué un vendaval sale de mi boca, y llega a la pista. Toda la arena empieza a removerse, destrozando así el trabajo de los limpiadores. Un tornado enorme se crea en el aire y empieza a alcanzar una velocidad inimaginable, llevándose consigo a los trabajadores. Minutos después, al intentar huir de aquel lugar, empiezo a sentir el efecto de la gravedad, volando así por el aire y dirigiéndome incontrolablemente hacia el centro del remolino. No puedo abrir los ojos, el aire me lo impide, puesto que lleva consigo toneladas de arena y cantos. Me siento golpeada, agitada como nunca había estado. Como si estuviera en una guerra, como si no hubiera ni un granito de

paz. Por la rendija de mis ojos consigo ver al emperador Domiciano, también atrapado en este gran tornado. Los caballos de la carrera también vuelan por el aire, relinchando como locos posesos y evitando que pudiera oír un sonido claro. Tras cuarto de hora dando vueltas y vueltas, todo frena bruscamente, y caigo precipitadamente al suelo.

Al fin consigo abrir los ojos pero, nada tiene ahora sentido. ME encuentro en una montaña de arena, y tengo otras alrededor de mí. No sé dónde estoy, y ni siquiera recuerdo cómo he llegado y por qué. Tras minutos mirando a mi alrededor sin obtener respuesta a mis preguntas y ni siquiera saber qué hacer, empiezo a hacer suposiciones. Tal vez siguiera en el circo máximo, o tal vez no. Tal vez ni siquiera estuviera en Roma, tal vez estuviera en un desierto africano. No lo sé, y lo malo es que no puedo saberlo. Todos los senadores, e incluso el emperador, han desaparecido. Ni siquiera veo a los caballos. Estoy sola y tengo miedo. No sé qué hacer, no sé siquiera si quedarme sentada o levantarme y moverme para investigar. Segundos después, decido levantarme. En fin, moriré si me quedo sentada sin buscar ni agua. así que no hay nada malo en investigar y tal vez morir también. Me cuesta andar. Me hundo en la arena. No veo vida por ninguna parte, ni siquiera un miserable cactus. Creo que mi última suposición era correcta, creo que estoy en un desierto. Está atardeciendo, así que decido buscar un refugio. No encuentro nada y el sol está desapareciendo. Tras meditar y rezar a Vesta, decido dormir en la arena, en una zona llana.

Los rayos de sol me han despertado, y estoy ahora buscando algo de comer. Doy gracias a la diosa Vesta de nuevo por haberme protegido durante la noche. Mientras busco algo a mi alrededor para alimentarme, me doy cuenta de algo: hay un pequeño reloj de arena a mi derecha. Lo miro fijamente y pensativa. Decido no darle importancia y sigo con mi búsqueda. Pero, sorprendentemente, otro reloj de arena aparece a mi izquierda. Este es más grande que el anterior, y la arena cae más rápido. Aunque me pica la curiosidad, decido seguir con mi búsqueda. Llego a la cima de una gran montaña de arena, y miro a mi alrededor. ¡Todo está lleno de relojes de arena! Cada uno de un tamaño, de una forma, pero a su vez todos iguales entre sí. "Tiene que haber alguien más", pienso. Alguien habrá puesto ahí todos esos temporizadores misteriosos.

Intento avanzar sin pisar ningún reloj, pero me es imposible. Me resulta inevitable pisar uno. El cristal se rompe, como era de esperar, y la arena se empieza a escapar lentamente. Fluye ligera cuesta abajo por la montaña, y se desliza por la llanura, rodeando e inundando a todos los demás relojes. Empieza a expandirse y multiplicarse, rodeándome también a mí. Pocos segundos después me siento atrapado entre la arena, solamente mi cabeza está fuera de ella.

Repentinamente, se forma un torbellino como el anterior en el circo máximo. Este me lleva hasta un pueblo en el que es de noche. Allí, me encuentro en las murallas de un castillo. Soldados y soldadas se cruzan por mi camino a paso muy ligero, y decido seguirles. Llego así hasta los aposentos del rey, que me da la bienvenida. Inesperadamente, consigo entenderle. por su acento, supongo que estoy en Hispania. Le explico al rey mi historia, pero este no me cree.

- ¡Cómo te atreves a desafiarme! ¡Yo soy el mismísimo rey de Hispania! - dice el rey muy enfadado.

De nuevo, mi suposición fue correcta.

- Perdón, no quería molestarle, pero todo esto es verdad. ¿Podría decirme cómo volver a Roma? - pregunto yo acobardada.

- ¡Soldadooooos! ¡Venid aquí! ¡Pero inmediatamente!

- Sí, señor, ¿qué es lo que desea? - contestan todos ellos a coro.

- ¡Llevad a esta intrusa al calabozo! ¡O por lo menos fuera de aquí!

- ¡Orden oída!

- Pero... - intento decir yo. Aún así, mi respuesta resulta inútil.

Dos soldados me cogen por los hombros, sin importar que soy una mujer. Por lo menos no me llevan al calabozo, si no que simplemente me sacan, si no que simplemente me sacan fuera del castillo. Un viento me agita fuertemente, y todos los soldados que me rodeaban se convierten en piezas de dominó andantes. Se posicionan una detrás de otra, formando espirales y espirales de gigantes fichas. A mi derecha, aprecio un soldado con un cañón. Está cargándole. ¡Pumm! La bola golpea a la primera ficha, y todas van cayendo en efecto dominó. No tardan en aplastarme, y me siento de nuevo encerrada.

¡Pum! ¡Pum,pum! Me despierto. Unos cantos se han caído del techo. La pesadilla se ha acabado, pero no sé si eso es bueno. Ahora me encuentro en otra, aún peor. Esta es real. Me encuentro en una especie de nicho, sin salida para mí. Veo a alguien comer, pero yo no puedo hacerlo. También veo a alguien beber, pero tampoco puedo hacerlo. Creo que no he tenido una pesadilla peor en mi vida. Desde que Cayo Julio César murió, ningún emperador decente ha llevado las riendas de Roma. Ahora gobierna Domiciano, el terrible e injusto Domiciano. Por lo visto, la inocencia no le importa, ni a él ni a nadie. Aquí lo único que importa es el poder, el poder y el dinero. Si te acusan de que has roto tu voto de castidad, aunque no lo hayas hecho, no tienes escapatoria. Te pasa lo que a mí, realmente parece que te han enterrado en vida. Yo pensé que ser vestal era un don, pero he descubierto que no lo es. Me

quedan pocas horas, es obvio y yo lo sé. En fin, seré feliz con los dioses en el olimpo, en mi otra vida, si es verdad lo que dicen.